

der” y a “la competencia por recursos escasos” (p. 27 *passim*, p. 259). Por otro lado, una discusión muy necesaria —y urgente para el sur de Asia— está imbricada en el texto, es la relativa a la concepción de la nación, del estado y del estado-nación, y sobre la naturaleza del nacionalismo como éste se ha desarrollado en estados excoloniales. Esta discusión ilumina las particularidades que el proceso de construcción nacional ha adoptado en el sur de Asia.

Un postscriptum que pone al día datos sobre la situación actual en los estados de la región y en donde se reevalúa el contexto general, y una extensa bibliografía complementan el libro. Esta obra será de gran interés para politólogos y sociólogos, y para especialistas en el sur de Asia. El debate, sin embargo, queda abierto en cuanto a las alternativas que se proponen en la región a través de los diferentes discursos étnicos que de allí se expresan.

SUSANA B.C. DEVALLE

Carmen González, *La política norteamericana para África meridional. Apuntes para un estudio*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1986.

ESTE LIBRO DE CARMEN GONZÁLEZ es de gran interés para todos aquellos interesados en el diseño de la política exterior norteamericana para el llamado Tercer Mundo.

Considero que lo más interesante en esta obra es ver cómo la autora parte de una perspectiva historicoanalítica para presentar lo que la política norteamericana para África meridional a lo largo de siete administraciones en la Casa Blanca: desde 1953 con Dwight D. Eisenhower hasta el primer mandato de Ronald Reagan, en 1984, pasando por John F. Kennedy, Lyndon B. Johnson, Richard Nixon —con la participación relevante de su secretario de Estado, Henry Kissinger—, Gerald Ford y James Carter.

La hipótesis de trabajo que maneja la autora parece sólida ya que “trata de determinar las constantes en la política de las sucesivas administraciones norteamericanas para África meridional”.

Por otra parte, la autora estima necesario determinar un cuadro de análisis para un mejor entendimiento de la elaboración y aplicación de la política norteamericana para África meridional. De este modo y de una manera que juzgo atinada, recurre a William Foltz cuyos conceptos de “regionalismo” y “globalismo” constituían, antes del fin de la guerra fría, verdaderos enfoques para la comprensión de la política norteamericana en muchas partes del mundo.

De hecho, durante la era de la bipolaridad, el desenvolvimiento de

los acontecimientos políticos internacionales estuvo marcado por la permanente confrontación Este-Oeste, lo que relegó a un segundo nivel o simplemente minimizó las contradicciones internas de los diversos subsistemas políticos nacionales para el entendimiento de las crisis que allí se desarrollaban. Como ejemplos para África tenemos la misma África meridional (Sudáfrica, Namibia, Angola, Mozambique, Zimbabwe), el Cuerno de África (Etiopía, Eritrea, Somalia, Sudán), el Chad, etc.; para América Latina y Caribe tenemos Centroamérica, Haití, Granada, etc., y para Asia tenemos Sudcorea, Filipinas, Indonesia, Vietnam, etcétera.

El primer enfoque correspondía al globalismo, que consistía en la elaboración de las estrategias políticas en relación con "la correlación del poder entre Estados Unidos y la Unión Soviética". Un enfoque que no era de exclusiva aplicación por parte de Estados Unidos. Claro está que dicho enfoque fue siempre criticado por los pueblos del Tercer Mundo que veían su vida presente y futura comprometida, día con día, por esa rivalidad Este-Oeste, lo que los alejaba de la posibilidad de elaborar sus propios procesos.

El segundo enfoque, el del regionalismo, toma muy en cuenta cada subsistema como algo particular, aunque por diversos aspectos tenga vínculos con el sistema global, y pone más énfasis sobre la "cooperación internacional" enmarcada por la relación Norte-Sur. Este enfoque subraya la necesidad del respeto hacia los "derechos humanos", y plantea que "la política exterior puede elaborarse fuera del marco del antagonismo Este-Oeste".

Sin embargo, al ser muy compleja la realidad internacional, resultaba muy difícil separar con claridad esos dos enfoques, para un cabal entendimiento de dicha realidad durante la era del mundo bipolar. Los dos podían estar presentes para la elaboración y la aplicación de las políticas externas de las potencias hacia el Tercer Mundo, aunque con intensidades diferentes en cuanto a su elaboración y aplicación se refiere.

Lo anterior contribuye a resaltar el interés del libro de Carmen González, en el cual se observa la aplicación de esos enfoques en la política norteamericana para África meridional.

Así pues, D.D. Eisenhower será considerado como el artífice de la política norteamericana para África en una época donde los vientos de descolonización estaban soplando sobre toda África. Tal como escribe Carmen González, "el mayor mérito de la administración Eisenhower parece haber sido el construir la rampa de lanzamiento para la de la administración Kennedy".

Dentro de ese clima de la autodeterminación de los pueblos reinante en África durante los años sesenta, el mismo Kennedy se presentará como el gran defensor de los procesos de independencia en África sin, por lo tanto, permitir que dichos procesos sean comprometidos por la co-

riente socialista. Todo lo que hará será dentro del marco de los intereses norteamericanos, manifestando hasta cierto grado cierta tolerancia hacia algunos imperios coloniales y el gobierno blanco de Pretoria. Carmen González escribe al respecto que

Kennedy reconoció que el imperialismo, incluido el norteamericano, no podía detener ya el proceso de liberación nacional; (...) la tarea principal que debía acometer la administración respecto a África era promover la congelación de la manera de liberación nacional, apoyar la realización de determinadas transformaciones, de las cuales Estados Unidos podría ser, según el caso, portador o iniciador, con vista a que no rebasaran los marcos aceptables para Norteamérica.

En cuanto a L. Johnson, se observó en gran medida la continuidad de la política de Kennedy. Johnson siguió tolerando la presencia colonial portuguesa en África llegando hasta a impulsar inversiones norteamericanas en Angola y Mozambique.

Respecto de lo que Carmen González califica como el "binomio Richard Nixon-Henry Kissinger" más el mandato de Gerald Ford, hay que señalar que el planteamiento globalista de la política norteamericana para África en general, y para África meridional en particular, era de gran aplicación. La autora lo resalta muy bien al escribir que para ese binomio

sólo los estados "revolucionarios" constituidos a principios de los años sesenta encajarían en el sistema capitalista y se convertirían en "legítimos"; los movimientos de liberación debían ser contenidos y derrotados por considerárselos como factores desestabilizadores al servicio de Moscú y Pekín.

Con James Carter, quien ocupa la dirección de la Casa Blanca en 1976, el diseño de la política norteamericana para África parece tomar otro rumbo, a pesar de que algunos aspectos de su materialización quedan aún marcados por las administraciones anteriores. Los acontecimientos en África austral —independencia de Angola, de Mozambique, reanimación de los movimientos de liberación nacional en Rhodesia, Namibia, Sudáfrica— tendrán cierta incidencia sobre este nuevo planteamiento político para África en general, y para África meridional, en particular. De hecho, se abandona el enfoque globalista y J. Carter junto con sus asesores para África se encamina hacia el intento de solución de los problemas internos regionales, para evitar que los países concernidos recurran a la ayuda socialista. Carter será conocido, en África y otras partes, como el apóstol de "los derechos humanos". Varias dictaduras en África se sienten amenazadas. Estamos en la etapa del enfoque regionalista: la solución a los problemas internos implica la participación de todos. El principio de "un hombre, un voto", recobra fuerza para Rhodesia y

Sudáfrica. Hay que aplicar las sanciones de la ONU en contra de estos dos gobiernos minoritarios.

Sin embargo, Carter no escapará al enfrentamiento contra el sector más conservador del Congreso, que luchará para el levantamiento de las sanciones y la defensa de las inversiones capitalistas en Sudáfrica y Rhodesia, pues según dicho sector, las sanciones hacían más daños a la mayoría negra que a los blancos.

El inicio de los ochenta marca el nuevo retorno al globalismo cuando R. Reagan ocupó la Casa Blanca. La nueva administración norteamericana entiende el desarrollo de su política para África meridional a través del prisma Este-Oeste. Una cacería al comunismo se organizará y se llevará a cabo en todo el Tercer Mundo.

Para Reagan y sus asesores para África, Sudáfrica constituye el pilar para todo el continente: el instrumento de lucha contra la expansión del comunismo en África, sin importar las formas de gobierno antipopulares que allí se desarrollen.

A nuestro juicio, Carmen González analiza completamente la aplicación de ese enfoque globalista a África meridional durante el primer mandato de Reagan.

Tenemos que añadir que el planteamiento norteamericano para África meridional no cambiará durante el segundo mandato de Reagan. Más bien se acentuará y se consolidará. Además, seguirá siendo el tono de los primeros años del mandato de George Bush quien, hoy día, a punto de finalizar su primer mandato y en presencia del fin de la guerra fría, se ve obligado de hacer un nuevo planteamiento de la política norteamericana para África meridional —sobre todo para Sudáfrica— en la perspectiva no solamente del liberalismo económico sino también, y sobre todo, en el marco de un liberalismo político-social que contribuya al reconocimiento del ejercicio del poder por la mayoría negra sudafricana.

Esperamos que Carmen González pueda un día añadir a su libro el segundo mandato de Reagan y el mandato o mandatos de Bush dentro del fin de la guerra fría y el advenimiento de lo que algunos llaman el “nuevo orden mundial”, para tener así, y de manera más actualizada e importante, el nuevo estudio de este tema que vendría a formar parte de un análisis más general de la política norteamericana para toda África. Claro está que los enfoques para su entendimiento habrán de cambiar, sobre todo en lo que a la década de los noventa se refiere. No cabe duda que este libro de Carmen González, aunque modesto (apuntes para un estudio), nos trae datos precisos y bien resumidos de lo que fue la política norteamericana para África meridional desde principios de los años cincuenta hasta el fin de la guerra fría.